

ALENTAR Y DISCERNIR

Domingo de Pentecostés. Año 2014

Pascua y Pentecostés. Son el mismo acontecimiento de salvación: *“Al anochecer del día de la resurrección...Reciban el Espíritu Santo...”* El día que hizo el Señor es para que sea todos los días: por/en la mañana y en/por la tarde; en la salud y en la enfermedad; en lo próspero y en lo adverso... Todo el tiempo es Pascua - Pentecostés. También en nuestro tiempo: mes de junio, primavera-verano, año 2014.

Los signos de Pascua-Pentecostés son el viento, el fuego, el mismo idioma del amor, la comunidad... La VIDA NUEVA en PLENITUD: *“Cuando los discípulos vieron al Señor se llenaron de alegría”*. Creer en el Resucitado es encuentro y nueva forma de ver/vivir la vida y los acontecimientos. Creer en el Resucitado es aceptar su nueva presencia a través del Espíritu Santo, aún en las situaciones sombrías de la existencia, de la historia humana y de la historia de la Iglesia.

Hoy culmina el tiempo litúrgico de Pascua. El fruto de la Pascua-Pentecostés es la paz del Resucitado: *“La paz esté con ustedes”*. La paz es el gran don/regalo de la Pascua-Pentecostés. Pero no hay don que no suscite e impulse a la misión: *“Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”*. ¿Cuál es/será la misión de los discípulos del Resucitado en tiempos convulsos y cargados de agobios, cansancios y pesimismo? ¿Cuál la misión de la Iglesia nacida en Pascua-Pentecostés, en un contexto de desilusión, confusión y dispersión? No puede ser otra que la de su origen. La Palabra proclamada y celebrada este día lo indica con claridad contundente: *“A los que les perdonen los pecados...”* La Iglesia es enviada para ser casa-hogar-escuela de la compasión misericordiosa del Resucitado; para testimoniar la luz/fortaleza/alegría/paciencia de la esperanza. La fe en el Resucitado debe expresar sus consecuentes frutos en la forja de cada día, como individuos y como sociedad.

Los obispos de/en México hemos regresado después de encontrarnos con el sucesor de Pedro y, en él, con la Iglesia universal. Experiencia magnífica de Pascua-Pentecostés en el contexto de nuestro tiempo. Muchos han sido los temas compartidos en la oración y en la mesa fraterna. Todos tienen que ver con la vida/misión de nuestras iglesias particulares. Necesitamos, entre otros, dos dones especiales del Espíritu Santo para/en la edificación de nuestras comunidades:

- El don del aliento. Son tantos los miedos que nos paralizan y nos vuelven cristianos sin aliento, desencantados, cansados, sin vida... Necesitamos el don del aliento para que nuestras comunidades se renueven y vuelvan a ser espacios humanizados y humanizadores, generadoras de vida, sentido, paz, alegría.
- El don del discernimiento. Hay un enorme déficit de sentido crítico en nuestras comunidades. Nos acomodamos ‘cómodamente’ a la agenda de los intereses del momento. No sometemos al análisis lo que se dice, lo que pasa... Pensamiento

único, sociedad líquida... Necesitamos el don del discernimiento para que nuestras comunidades sean escuela de lucidez y libertad, generen relaciones fraternas y solidarias...

Celebrar y vivir Pascua-Pentecostés nos pide ser fieles al Espíritu. Se trata de vivir 'con aliento', ser lúcidos y testimoniar estos valores con alegría. ¡Ven, Espíritu Santo! Te necesitamos, otra vez.

Los bendigo y aliento a vivir en el Espíritu.

+ Sigifredo
Obispo de/en Zacatecas